

EXPLICACION NECESARIA

Me han sorprendido mis apreciados amigos del Instituto Caro y Cuervo con esta Bibliografía, en la que han recogido la mayor parte de mis escritos, aun algunos insignificantes. Para mí es este un gran obsequio, el inventario de mi producción, en el que encuentro hasta ensayos de que ya me había olvidado.

Para el público en general, y especialmente para los distinguidos escritores que con tanta generosidad se han dignado colaborar en este homenaje, la presente bibliografía será más bien desconcertante. Por ella verán enseguida que el favorecido no es propiamente un especialista en lingüística o filología sino un diletante que, en su ya larga vida, ha escrito de omni re scibili et de nonnullis aliis.

Y más vale así; más vale que queden las cosas en su punto. La verdad es la que nos ha de señalar el puesto en este gran banquete en que a través del tiempo y la distancia nos encontramos con tantos hombres ilustres que cultivan las bellas letras y los estudios desinteresados. El ex-libris que para su uso había escogido nuestro gran Don Rufino y que se halla estampado en todos sus libros dice: Veritas liberabit vos. La verdad os hará libres.

Y siguiendo a la verdad, no hay tampoco peligro de vanagloria. Santa Teresa decía: "La humildad es la verdad". Lo bueno que tenemos, de Dios lo tenemos; lo malo que hacemos es lo que debemos atribuirnos a nosotros mismos. Por muchos y grandes dones que de Dios hayamos recibido, hay otros que los han recibido mayores, en cuya comparación queda uno reducido a la nada. No hablemos de los grandes genios de la humanidad; recordemos solo a los que cerca de nosotros han cultivado la pequeña parcela de las humanidades: Menéndez y Pelayo, Caro, Cuervo, Marco Fidel Suárez, Antonio Gómez Restrepo y tantos otros. Partiendo de esas cumbres, hay que

pasar por muchos nombres conocidos antes de llegar al valle humilde en que se encuentra mi heredad. Contento con lo poco, y en el fondo de mi oscuridad, me alegro de ver a otros que tienen más, y brillan regocijando e iluminando al mundo con resplandores inmortales.

Empero, ya que el gobierno de mi patria, por iniciativa de nobles amigos, me ha concedido honores como el que representa este volumen, no puedo tampoco hacerlo quedar mal y dejar decepcionados a los letrados ilustres que me honran con sus firmas colaborando a este homenaje.

A guisa de confesión sincera y de explicación necesaria van estas líneas, que espero recibirán benévolutamente mis amigos de la patria y de lejanas tierras.

No fui estudioso en los años de mi niñez, la cual pasé correteando por los potreros de la sabana en Bogotá. Trece años contaba ya cuando entré interno en el Colegio de San Ignacio de Medellín, donde estudié los tres primeros años de bachillerato, y donde empezó a despertarse en mí el sentido de responsabilidad ante la vida. Todas las materias que estudié me fueron fáciles; pero mi espíritu se inclinaba más a la acción que a la especulación. El ejemplo de mis maestros influyó en mis resoluciones, mostrándome cómo puede emplearse la vida en una noble empresa apostólica; y a los diez y seis años entré en la Compañía de Jesús.

Tres carreras consecutivas tiene que hacer el jesuita: humanidades, filosofía y teología.

Estudié las humanidades en Burgos y me inicié en el oficio de escritor traduciendo la pequeña Antología de Maunoury, texto francés que me pareció útil para la enseñanza del griego.

Mas, al empezar en el célebre Colegio de Oña mis estudios filosóficos, me encontré como condiscípulo a Eusebio Hernández, joven de talento poderoso, quien me inició en la lingüística indo-europea y me propuso que, adoptando el texto griego de la Antología de Maunoury, desecháramos el resto de su obra, como anticuada, y compusiéramos una obra original. El se encargó de la segunda y mejor parte de ella, Etimología y Sintaxis; yo tomé por mi cuenta el léxico, y reuní en mi Comen-

tario, valiéndome sobre todo de los romanistas alemanes Diez, Walde y Körting, más de tres mil palabras castellanas derivadas del griego, cuyo sorprendente hallazgo cautiva a los alumnos y les facilita extraordinariamente el dominio de esta bella lengua.

Acabé mis estudios filosóficos en el Colegio que en Valkenburg (Holanda) tenían los jesuitas alemanes desterrados de su patria desde la época del Kulturkampf, y aprendí los métodos científicos de aquel gran pueblo alemán, que se habían ya impuesto en la república de los sabios. Aplicación de ellos fue la obra: *El alma de las palabras: Diseño de semántica general*, que acabé en 1911 aunque no se publicó sino en 1917. Conociéron esa obra manuscrita Marco Fidel Suárez y Antonio Gómez Restrepo, y seguramente en atención a ella me sorprendieron en 1915, cuando hacía yo en Bucaramanga las prácticas de magisterio que se usan en la Compañía, con el nombramiento de Académico correspondiente de la Academia Colombiana. De entonces, y sin más fundamento que las dos obras de que he hablado, data mi fama de filólogo, pues en este terreno solo he vuelto a escribir modestos libros de texto.

Durante los cinco años que practiqué el magisterio en el Colegio de San Pedro Claver de Bucaramanga no tuve ocasión de ejercitar ni de aprovechar los estudios filológicos. En un Colegio, no pequeño, pero sí pobre, como era entonces el de Bucaramanga, tienen que hacer de todo los que lo manejan. De 1912 a 1916 fui, pues, sucesivamente, profesor de castellano, francés, aritmética, geografía, historia patria, latín, física y hasta de agricultura; fui prefecto de internos y director de deportes. Yo fui el primero que enseñó a jugar fútbol en Bucaramanga y tracé el primer campo para este deporte en el Llano de Don Andrés. Pero me sobró tiempo para fundar, en compañía de los PP. Joaquín Emilio Gómez y Enrique Torres, la revista Horizontes, y así salió a flote mi vocación de periodista, que no me ha abandonado en toda mi vida.

Durante mis estudios de teología, que hice de 1916 a 1920 en el ya conocido Colegio de Oña, pensé seriamente en la orientación que debía dar en adelante a mis actividades, y siguiendo el primitivo impulso que me había traído a la Compañía de

Loyola, resolví, de acuerdo con mis superiores, dedicar mis energías a la educación de la juventud.

No me atraía tanto la pedagogía que podemos llamar individual o arte para educar y perfeccionar a los individuos, sino más bien su aspecto social, como ciencia para transformar las sociedades. De aquí mis frecuentes incursiones en el campo de la sociología y mis varios escritos en diversas épocas sobre organización de las instrucción pública. En ese plano es más eficaz la labor del escritor que la del maestro. Por eso me destinaron mis superiores a la redacción de la revista Razón y Fe, de Madrid; pero quisieron que antes sacara el doctorado en Ciencias educativas en una Universidad alemana. Acababa de pasar la primera guerra mundial cuando volví a Alemania. Estudié en Colonia y en Munich; visité las principales Universidades de Alemania, Francia e Inglaterra, para estudiar su organización, y saqué el doctorado en Munich, con una tesis escrita en alemán que mereció un segundo premio en concurso abierto por dicha Universidad. Me tocó en Munich el Putsch de Hitler de 1923 con que empezó la revolución nazista.

Desde la revista Razón y Fe y desde las columnas del diario de Don Angel Herrera, hoy Obispo de Málaga, El Debate, hice varias campañas por la reforma de la organización escolar española, que adolecía en grado máximo del terrible mal del monopolio del Estado. No fue del todo inútil mi actuación, y en 1926 me nombró el entonces jefe del gobierno, general Primo de Rivera, Consejero Real de Instrucción Pública. Pero precisamente ese año contrató el gobierno de Colombia una misión alemana para la reforma de la enseñanza en nuestra patria, y con esa ocasión fui llamado de nuevo a Colombia, aunque, según parecía, por poco tiempo. Escribí entonces la serie de artículos Glosas al proyecto de reforma instrucionista y contribuí de varias maneras a que el proyecto se amoldara a nuestras tradiciones y costumbres. Desgraciadamente, la esterilidad, que ha sido la característica de nuestros Congresos en los últimos lustros, se mostró también en esta ocasión. El Congreso no fue capaz de estudiar tan importante proyecto y él quedó definitivamente enterrado.

Me preparaba a volver a Madrid, cuando el Nuncio de Su Santidad, Mons. Giobbe, intervino ante nuestro Padre General para que me quedara en Colombia con la misión de organizar la juventud católica. Así lo hice, y la dirigí en Bogotá por varios años; fundé la Casa del Estudiante Católico, y con eso se acabó el monopolio de la organización estudiantil que ejerció por mucho tiempo la Federación de Estudiantes controlada por jefes izquierdistas. Y con esto me acercó la Providencia a la máxima realización de mi vida, la Universidad Javeriana.

Como secretario del entonces Provincial, P. Jesús María Fernández, le ayudé en los trabajos necesarios para restablecer nuestra antigua Universidad, y desde el segundo año de su nueva vida quedé, como Decano, vinculado a la única Facultad que entonces existía, la de Ciencias Económicas y Jurídicas.

Diez y ocho años —nueve como Decano y nueve como Rector— he estado consagrado por entero a la organización de esa Uniuersidad, que hoy, adornada con el título de Pontificia y con sus 1.400 alumnos en once Facultades, Eclesiásticas, Civiles y Femeninas, es uno de los más completos y eficaces institutos de educación superior en nuestra América. Mis primeros ideales de dedicarme a la educación de la juventud quedaron pues realizados en una forma mucho más alta de lo que yo hubiera podido sospechar.

En 1934 fundé y dirigí por ocho años la Revista Javeriana, volviendo así a incurrir en el oficio de periodista, que lo obliga a uno a leer de todo y a escribir de todo con más profusión que perfección y profundidad. Y en esos mismos años mi remota fama de filólogo me dio ocasión de prestar un nuevo servicio a mi patria y a la república de las letras.

Cuando en 1940 el entonces ministro de Educación Nacional, Dr. Jorge Eliécer Gaitán, fundó el Ateneo Nacional de Altos Estudios, me encargó a mi la sección de Filología, que debía tomar a su cargo, entre otras tareas, la continuación del Diccionario de Construcción y Régimen de Don Rufino J. Cuervo.

Aunque el Ateneo, en general, no pasó del período de incubación, nuestra sección emprendió trabajos, y gracias a la de-

cisión del gobierno vino a organizarse, primero como Instituto Rufino J. Cuervo, y más tarde como Instituto Caro y Cuervo, famoso ya en las dos Américas y en la sabia Europa.

Ordenando los papeles que dejó Cuervo a nuestra Biblioteca Nacional, tuve la buena suerte de encontrar su obra, que se creía perdida, Castellano popular y Castellano literario, y la satisfacción de publicarla con otros trabajos inéditos de nuestro gran filólogo.

Cuando ya el Instituto estaba arraigado en la opinión culta y organizado en su funcionamiento, me fue forzoso abandonarlo por el exceso de mis ocupaciones y mi salud precaria; pero lo dejé en las mejores manos. José Manuel Rivas Sacconi, por su inteligencia, por su consagración al trabajo, por su formación humanista, por su vida ejemplar, por su don de organización y de gobierno, era la cabeza que necesitaba el Instituto para crecer y prosperar; bajo su dirección, y en pocos años, ha llegado a una altura que lo convierte en honor de Colombia y en envidia fraternal de nuestras repúblicas hermanas.

Así, pues, ilustres amigos que os habéis dado cita en este volumen para ofrecerme un homenaje: ya veis que os puedo decir, sin falsa modestia, que él es, por lo que hace a mi persona, inmerecido; pero que recae íntegro sobre el Instituto Caro y Cuervo, el cual no dudo que, estimulado por vosotros, contribuirá por muchos años al cultivo y progreso de los estudios humanistas en este Continente.

Por eso precisamente es mayor mi gratitud, y vuestros nombres no se borrarán jamás del libro de oro de mis mejores recuerdos.

FÉLIX RESTREPO S. I.

Bogotá, 3 de diciembre de 1950, día de San Francisco Javier, Patrono de la Universidad Javeriana.